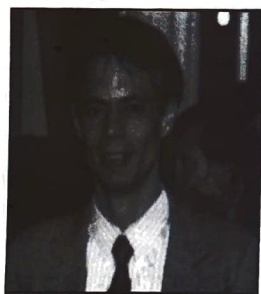


Ciudad, idea y realidad

Las ciudades viejas, las ciudades nuevas, las ciudades transformadas, las ciudades invisibles, las ciudades ideales, las ciudades utópicas, las ciudades virtuales, las ciudades fragmentadas, los fragmentos de ciudad, los fragmentos y la ciudad, los vestigios, fragmentos y los sueños, las huellas, los vestigios, los fragmentos, los sueños, constituyen las realidades.

El peor momento de toda conversación resulta en el instante en que todos coincidimos en afirmar o negar cualquier argumento o planteamiento. Instante en el que el deseo es satisfecho y la reunión toma visos de festival caníbal, donde la tesis perdedora se transforma inevitablemente en víctima que debe ser devorada hasta el agotamiento, para evitar las huellas que atormenten la conciencia. No es distinta la situación en la que, para proceder al acto caníbal, se tiene que elaborar una idea, un paradigma establecido por consenso (de un fragmento) y que por su simple aceptación éste excluya toda posibilidad que lo refute.

Waldo Alborta
Arquitecto (Universidad de los Andes Bogotá - Colombia). Postgrado en Epistemología de las Ciencias. Docente con permanencia UPSA.



La construcción de una idea del mundo, de una idea de sociedad, de una idea de realidad y consecuentemente de una idea de ciudad, pertenece a aquella fase mitológica en la cual hombre y naturaleza se enfrentan para justificar la escisión.

Frente al caos, el cosmos sería un supuesto.

Frente a la incertidumbre, la certeza.

Frente al pasado, el futuro.

Frente a la naturaleza, la cultura.

Frente a la realidad, el paradigma.

La idea de ciudad

En momentos en que hombre y naturaleza se enfrentan, se elaboran los principios de la ciudad, se establece la medida con la cual, se puede extrapolar de la

“naturaleza previamente ordenada”, cósmica, principios o leyes que permiten determinar, en función de la idea de mundo, las primeras ciudades.

La idealización de la realidad se atribuye así a aquel período en el que el hombre se ve en la necesidad de reafirmar la incisión de la naturaleza o en poder reducirla a un ambiente controlado, la ciudad.

Tal vez en el estudio de la historia el momento más dramático de esta elaboración del mundo, de esta idea de ciudad, haya tomado lugar durante el Renacimiento. No sería casual suponer las causas, el medioevo que concluía con el agotamiento de las posibilidades estructurales del Gótico, fue siempre

visto con un sentido despectivo por los renacentistas quienes se empeñaban en el descubrimiento de las leyes, la matemática, en la reducción de la realidad a un mundo plástico de geometrías totalizantes en las cuales pudieran subordinarse todos los fragmentos. Un mundo donde todo conocimiento podría ser deducido por el naciente espíritu científico y que culminaría con el consenso reafirmado por la historia "de los historiadores" de la recomposición de lo "clásico". A partir del Renacimiento, el hombre moderno se liberaría de toda forma paradigmática extrapolable de la naturaleza. La racionalidad y la construcción de la ciudad ideal dotarían al hombre de un nuevo mundo, la ciudad. *Naturans naturalizata.*

Desde entonces la naturaleza como realidad ha sido excluida, el hombre, depositario de las fuerzas de la razón, ha construido su propio ambiente, con el ha garantizado su perpetuidad. Ha modelado la naturaleza a su idea y su idea es el producto de la razón. Hoy, 500 años después, esta idea "pecado original" enfrenta su disolución. Durante estos años tuvo que transformarse y asumir distintas máscaras para dar paso a los cambios que la imaginaban, como consenso para mantener el orden, evitando el retorno a las formas caóticas de la naturaleza, formas llamadas de maneras tan

Los centros históricos y la periferia cambian su discurso, la nueva ciudad se construye en la periferia, en los suburbios, los múltiples centros formados en el territorio desvanecen toda relación dialéctica entre centro y periferia

distintas como: decadencia, eclecticismo, manierismo, romanticismo, hippismo y otros tantos entre un inacabable glosario de términos.

La exacerbante confrontación vivida durante los últimos sesenta años de este siglo parece haber llegado finalmente al consenso. La barbarie, el caos y las tormentosas formas propuestas por el modelo socialista, parecen haber quedado finalmente enterradas, mientras occidente se deleita con el banquete de sus cuerpos inermes.

También con ellos cae la modernidad que surgió como modelo del socialismo cuando, frente a las críticas situaciones sociales de la Europa de postguerra, intentó redimir la nueva sociedad a través de la tecnología y el sentido de lo colectivo.

La contemporaneidad parece gozar de momentos de tranquilidad en los cuales, al final del banquete, las imágenes del genocidio se transforman en

sueños de deleite en los cuales toman forma los sueños de prosperidad y desarrollo. El panorama, sin embargo, no es tan simple y mientras Europa enfrenta la mayor crisis de sus ciudades cuando, habiendo agotado todos los modelos ideales que prometían la tan ansiada prosperidad, la ciudad se constituye en territorio anónimo. Los centros históricos y la periferia cambian su discurso, la nueva ciudad se construye en la periferia, en los suburbios, los múltiples centros formados en el territorio desvanecen toda relación dialéctica entre centro y periferia; además de que los centros históricos, convertidos en la imagen del pasado no son ya capaces de garantizar la vitalidad. Pero el factor más decisivo lo lleva el hecho de que el centro histórico garantizó siempre la conservación del orden, del modelo, de la autoridad, constituyéndose así en la referencia que polarizaría la ciudad y elaboraría las diferencias sociales. Origen de la violencia.

La periferia de las grandes ciudades se plantea definitivamente homogénea y destruye cualquier idealización de los modelos.

Mientras Europa ve surgir de la periferia la posibilidad de atender a la realidad, desvaneciendo la polarización y evitando el genocidio producido históricamente por la reafirmación del centro histórico, los arquitectos se

plantean la inevitable necesidad de atender a la realidad evitando construir nuevos paradigmas, parte de este proceso es llevado inclusive al límite de desmantelar el proyecto de la postmodernidad cuya imaginería estaría vulgarmente asociada a la reproducción del pasado, a la reafirmación del ornamento y a la libre suposición de un arte de las élites.

La deconstrucción de todos los logros de las ideas, parece ser la preocupación semántica de la arquitectura o más bien antiarquitectura, que a cambio, provee posibilidades como el minimalismo, El arte povera, o el *Dirty-realism*, que definen las características de una nueva narrativa en el momento de la disolución de la postmodernidad.

Idea Vs. realidad

Si la ciudad ha sido consignataria de las ideas, también ha sido testigo de los interminables efectos de esas ideas, que como consenso, la han usado como campo de sacrificio brutal en algunos casos, mordaz en otros y tan plausible como para permitir la xenofobia y el racismo, infinitas veces reafirmado por la centralidad.

Tampoco el desvanecimiento de las ideas daría paso a la realidad, ya que la realidad, y me refiero a la nueva realidad es contenedora de las ideas no así contenida en ellas.

La ciudad como campo de representación

Tal vez mientras el mundo ve atónito los recientes cambios sucedidos en las estructuras socio-políticas y económicas y cae maravillado ante las promesas de prosperidad que se pretenden garantizar con el despliegue de la propaganda de un nuevo orden mundial, la ciudad campo de representación del drama humano vea con pánico el surgimiento de un nuevo paradigma, donde nuevamente la realidad sea sometida a las ideas. La idealización del mundo ha quedado representado en los grandes edificios del pasado, en

*En la periferia la ciudad
se recrea, el espacio es
para la gente y la
vitalidad se reanima en
las tradiciones cambiantes
de la movilidad social, su
escenario es el espacio
público.*

los ejes monumentales, los arcos del triunfo, en las reformas urbanas, en las planificaciones y regulaciones sólo por miedo a la anarquía, al desorden, a la vitalidad. Fueron estas idealizaciones las que llevaron a Nerón (el urbanista) a elegir el incendio romano como único modo de eliminar el desorden de las "Isole" cristianas, par ver surgir allí la nueva Roma; También fueron las ideas las que más

tarde avasallaron la misma Roma durante el "Sacco" a Italia.

Los ejemplos son interminables, pero a ellos tampoco escapan nuestras ciudades

latinoamericanas que son en última instancia, el producto genérico de la ciudad ideal consignada en las Leyes de Indias. Nuestras ciudades reducidas hoy a centros históricos son el último testimonio viviente y agonizante del pasado tormentoso de sometimiento de miles de indígenas, sometimiento a las ideas del viejo mundo. Levantadas con sangre las grandes catedrales, plazas y centros emparedan el sufrimiento agónico de un pueblo destinado a desaparecer frente a la nueva idea.

Mientras tanto, la periferia sigue en el olvido, sobre ella no corren aun ideas, allí la realidad está viva y se expresa vivamente a pesar del temor del centro que obliga a mantenerlas en el aislamiento y el anonimato.

Me atrevo a repetir insistentemente que la periferia es la imagen de la nueva ciudad latinoamericana. Que en ella radica la descentralización y la homogenidad garantizada por los nuevos centros, que los antiguos o nuevos centros históricos tienden a sucumbir o ser transformados en museos donde se consignan los exabruptos del pasado, que no revisten ningún motivo de orgullo, que sólo existen para

deleite de unos cuantos empeñados en acudir a las funciones que en ellos se representan permitiéndoles soñar la ciudad, la otra ciudad.

La relación entre lo natural y lo artificial

Frente a la tradicional escisión establecida entre centro y naturaleza, la periferia se constituye en territorio de continuidad.

Mientras el centro ve la periferia como una teoría social, en la periferia hay mayor interés por las ciencias naturales. La continuidad parece ser el lenguaje de la periferia, un lenguaje que conecta lo natural con lo artificial y a éstos con lo cultural. La arquitectura en la periferia elabora las imágenes de esta relación que se aparta del naturalismo nostálgico, para establecer un vínculo dinámico entre lo natural que también toma el carácter de artístico y lo cultural, dando paso a la intuición como estadio mayor de la razón que desemboca en una actitud anti-ideal.

En la periferia la ciudad se recrea, el espacio es para la gente y la vitalidad se reanima en las tradiciones cambiantes de la movilidad social, su escenario es el espacio público. Lo que molesta al arquitecto es el aparente desorden de la periferia. También la incapacidad de reducirlo taxonómicamente a un modelo; la imagen ante todo, de aquello que no es reducible a la ética del poder, a la estética de la

belleza y armonía y a la dietética de la buena mesa, todas estas calificaciones que provienen de la idealización de la realidad.

Lo que molesta de la periferia a otros es la imagen de la informalidad y la dificultad de someterla al orden de las leyes y los impuestos, de garantizar la ciudad como el modelo donde se deben recrear las "buenas costumbres" de antaño. Lo que molesta de la periferia es la imagen, la imagen, de la tolerancia, de la convivencia con la cotidianidad que reafirma, la relación de continuidad entre cultura y naturaleza.

Continuidad entre lo global y lo local

Wim Wenders cita en una entrevista concedida a Hans Kollhoff, "Creo que no habrá nadie capaz de hacer entender a un Ayuntamiento, que desde un punto de vista urbanístico, las partes más atractivas de una ciudad son precisamente aquellas zonas donde nadie ha hecho nada. Creo que una ciudad, por definición, exige que se haga algo en esas zonas. Esa es la tragedia."

La idea de lo acabado como recurso de alcanzar el paradigma, ha obligado a desarrollar la más nefasta de todas las armas, el urbanismo, aún cuando su pasado se remonta a las organizaciones militares romanas y otros ejemplos antecedentes. Es claro que la influencia que tuvo el

plan Haussman para París, con la brutal intervención que dio fin a la estructura medieval e instauró el orden que garantizaría el nuevo modelo, regocijaría la vista.

La osada intervención de Haussman fue decisiva dentro de la concepción del urbanismo, desde entonces, intentó abarcar la ciudad como un todo planificable, regulable dentro de las nuevas "ideas" de lo que la ciudad debe ser.

La entrada en el urbanismo es la entrada en el mundo de la totalidad, donde la realidad inabarcable en su verdadera dimensión, tiene que ser reducida a esquemas preconcebidos, convirtiendo la ciudad en un campo de experimentación y sacrificio en el orden canibal. Lo particular, lo anormal, lo propio, lo marginal y con ello a todos sus habitantes se constituyen en las víctimas.

Las nefastas consecuencias de la totalidad revirtieron su esplendor sobre la ciudad, cuando fue posible la construcción de Brasilia y Chandigarh, cuando posteriormente la zonificación pretendió garantizar la funcionalidad de la ciudad, apoyada en la radical operación de insertar las autopistas y evitar cualquier forma de mezcla que pudiera recrear el desorden de las imágenes de la periferia o permitir la convivencia heterogénea de los ciudadanos.

El fragmento, constituye hoy en

día la razón de la ciudad ante la inminente crisis del urbanismo y las dificultades propias de una planificación que pueda envolver la realidad en su dimensión concreta.

El fragmento se devuelve al hombre como parte de un mundo de continuidades expresadas en la literatura de García Márquez, en los cuentos de Borges, en la Rayuela de Cortázar y en la supuesta dimensión de un mundo abarcable sólo por los fragmentos.

Entre los fragmentos y la totalidad hay una continuidad. Una vez caídas las idealizaciones de los modelos urbanísticos, hay una continuidad de organismo vivo y de territorio garantizada por el desmantelamiento del centro.

Continuidad entre la tradición y el cambio

La evasión del presente fue propuesto por los paradigmas que anunciaban, que el proyecto consistía en alcanzar en "el Futuro" añorando la conciliación entre el hombre y el modelo. En aquel lugar distante que se constituía en el presente ficticio y que permitía la evasión de la realidad, estaba garantizada la designación del centro histórico como contrapartida que permitiera restituir en la conciencia los devenires de la sinrazón. Pasado y futuro se constituyen todavía en la descripción de la ciudad. Un consenso macabro que termina por suprimir del

discurso el presente, la crisis, lo inacabado, el drama y todas aquellas imágenes que desbordan lo reducible a la claridad, al orden y al equilibrio.

Con estos argumentos, vastas áreas son desplazadas a la periferia que, se constituyó en el lugar del olvido, dando paso a las llamadas renovaciones urbanas, la tabla rasa que intenta sustituir las imágenes de aquellos sectores de la ciudad que han caído en el contagio con el suburbio o donde, por desafío del tiempo, no se han podido recrear los modelos de las ideas, de los paradigmas, de las utopías del pasado o del futuro, únicos lugares donde supuestamente el hombre podrá ser feliz.

La brecha entre la tradición y el cambio está zanjada en la periferia, allí el presente constituye el lugar de acción y de refugio donde las imágenes aún amorfas describen la rebelión a las certezas experimentadas en el pasado y a las innovaciones supuestas del futuro.

La continuidad entre la tradición y el futuro es el presente. De su desidealización depende la posibilidad de que surja como campo de realidad. El presente como la realidad son trascendibles pero mantienen una cierta inmunidad a los modelos y a los paradigmas, es ésta la razón de la incisión.

La certeza y la incertidumbre. Uno de los signos clásicos de

los "períodos de transición" así llamados en la historia por no poderse definir dentro de algún modelo de ordenamiento abstracto, es la indeterminación de las situaciones, de los hechos, de los espacios y de las diferentes formas de expresión de la arquitectura. La incertidumbre es la forma expresiva que corresponde al movimiento, es anti-entropía que mantiene el desequilibrio como la manifestación dinámica de la sociedad y que se traduce en la caída de las formas reconocibles, en la imposibilidad de acceder a nuevas formas dentro de un orden totalizante. Frente a la tradición de las ciudades europeas que han vivido nefastos períodos de estabilidad, las ciudades en Latinoamérica están siempre inacabadas, son como organismos vivos en constante crisis.

Creo que el problema no proviene de esta situación sino de la aspiración inducida por los modelos de querer ver una ciudad terminada, congelada en el tiempo, estatizada para poder reconfortarse con los absurdos modelos estéticos reconocidos en Europa y otras ciudades del primer mundo que se ahogan en sus rituales del pasado, la muerte de la ciudad, es la supresión de su realidad, de su fuerza desequilibrante de su movimiento. Es la instauración del orden.

La incertidumbre como presente, como realidad, como posibilidad de ser es aún

inaceptada por los defensores de la idea.

Sin embargo, es cada vez más creciente hasta constituirse en topografía.

Estoy convencido que la imagen de nuestras ciudades al margen de las idealizaciones es ya una imagen de la incertidumbre.

También estoy convencido que la realidad es más fuerte que cualquier paradigma sobre todo cuando como hoy todo está dicho. W. Heisenberg afirmaba: "Cuando todo está dicho y hecho, la realidad es más fuerte que nuestros deseos".

Por el momento no hay paradigma, por el momento y a pesar del intento de elaborar nuevos paradigmas tenemos la posibilidad de atender al presente, a la realidad, de descubrir que fuera del centro, "paradigma del pasado" se extiende una conflictiva red de relaciones provistas del mágico encanto de la incertidumbre, de la complejidad, de la tolerancia. Un territorio continuo donde las escisiones creadoras de las utopías se conectan, donde la heterodoxia y la diversidad constituyen la estética y la imagen del presente. Un escenario de fuerzas dinámicas que se niega a ser sometido a las ideas y que pretende en cambio no establecer el consenso de los absolutos sino conciliar las posibilidades. La ciudad no puede ser vista más como nueva, transformada, vieja o tradicional, no interesa designarla bajo límites tan estrechos que reafirman

dialecticamente la necesidad de operaciones caníbales. La ciudad es un campo de múltiples fuerzas irreductibles, inaprensibles como totalidad, es un hecho relativo de múltiples dimensiones y expresiones. Es un organismo que se construye en el tiempo a partir de sí mismo, sin necesidad de idealizarlo o someterlo a modelos que pretendan garantizar su funcionamiento. La ciudad es un hecho colectivo que se recrea en la medida en que el presente sea el motor del cambio y se enajena cada vez que se propone como motivo la fuga a la utopía.

La periferia es la expresión concreta de la ciudad del presente, sobre ella no hay que hacer nada, bajo riesgo de reducirla a un nuevo centro que anime nuevamente el orden caníbal.

Para no repetir los modelos que empiezan con alguna cita preferiré dejar la cita para el final como opción, no como modelo.

Objetos y apariciones

(Octavio Paz)

A Joseph Cornell

Exaedros de maderas y de vidrio
apenas más grandes que una caja de zapatos.
En ellos caben la noche y sus lámparas.

Monumentos a cada monumento
Hechos con los desechos de cada momento:
jaulas de infinito.

Canicas, botones, dedales, dados,
alfileres, timbres, cuentas de vidrio:
cuentos del tiempo.

Memoria teje y destejo los ecos:
en las cuatro esquinas de la caja
juegan al alevé damas sin sombra.

El fuego enterrado en el espejo,
el agua dormida en el ágata:
solos de Jenny Lind y Jenny Colon.

"Hay que hacer un cuadro", dijo Degas,
"como se comete un crimen". Pero tú
construiste
cajas donde las cosas se aligeran de sus
nombres.

Slot machine de visiones,
vaso de encuentro de las reminiscencias,
hotel de grillos y de constelaciones.

fragmentos mínimos, incoherentes:
al revés de la historia, creadora de ruinas,
tú hiciste con tus ruinas creaciones.

teatro de los espíritus:
los objetos juegan al aro
con las leyes de la identidad.

Grand Hotel Couronne: en una redoma
el tres de trébol y, toda ojos,
almendrita en los jardines de un reflejo.

Un peine es un harpa
pulsada por la mirada de una niña
muda de nacimiento.

El reflector del ojo mental
disipa el espectáculo:
dios solitario sobre un mundo extinto.

las apariciones son patentes.
Sus cuerpos pesan menos que la luz.
Duran lo que dura esta frase.

Joseph Cornell: en el interior de tus cajas
mis palabras se volvieron visibles un
instante.